



Empresarios: Motor del crecimiento económico de la humanidad.

En nuestra cultura hay una propensión a ver la empresa privada y a los empresarios con cierta suspicacia.

Existen diversas teorías sobre el origen de estas percepciones que se remontan a nuestros antecedentes políticos, sociales y hasta religiosos. Dicha visión sin embargo, contrasta con los hechos y el papel fundamental que ha jugado la iniciativa privada en el devenir contemporáneo de la humanidad y el avance gigantesco del bienestar económico.

El hecho es que durante los últimos 100 años, la creación e innovación amparada bajo la iniciativa privada, ha sido el motor del crecimiento económico de la humanidad. De hecho, este crecimiento es lo que en buena medida da origen hoy a esa gran brecha entre países ricos y pobres. En tal sentido, el tránsito de los países pobres a ricos ha ocurrido en un margen relativamente pequeño de tiempo.

Pensemos lo que se ha logrado con la nanotecnología, biotecnología, y la robótica. Con las computadoras, celulares y videojuegos. Sólo la iniciativa privada y su afán por ser cada día más competitivos, pudo haber creado semejante desarrollo. Si damos por descontado estos avances, que redundan en un incremento de la calidad de vida de todos, es porque siempre es más fácil acostumbrarse a lo bueno.

Hace sólo 200 años no había diferencias apreciables, muchas naciones del mundo tenían un nivel similar de desarrollo y avance.

En efecto, el periodo que se inicia a partir del siglo XIX (1800), se conocerá como la era del crecimiento y la prosperidad. Antes de esa fecha sólo había crecido la población, pero no la productividad por trabajador ni el ingreso per capita.



Lo anterior, no invalida el hecho de que también ha habido excesos de parte de grandes corporaciones y multinacionales, y que prevalece en muchas naciones un alto grado de inequidad. Todo ello se puede corregir a través de adecuadas políticas públicas que equilibren lo social y lo económico.

Las ganancias cuando son habidas por medios lícitos y en condiciones de competencia, son justificadas en la medida en que rinden beneficios a la sociedad estimulando la generación de empleos, y proveyendo bienes y servicios que suplen las necesidades de la población de manera eficiente. En alguna forma, la búsqueda del lucro privado se traduce también en un beneficio social y se da así una conciliación vital entre el bien particular y el bien común.

Es un hecho que el funcionamiento de una economía de mercado, donde genuinamente impere una libreta de oferta y demanda, requiere algunos ajustes en nuestros países, en los cuales ha prevalecido más bien un concepto de desarrollo basado en la acción directa del Estado, como el benefactor y eje del crecimiento y bienestar social.

Dicho en forma simple, para que haya prosperidad se requiere una simbiosis Estado-Empresas, con la inclusión de los estamentos sociales de mayor necesidad.

Evidentemente que nuestras sociedades exigen políticas de fomento de la competencia, que prevengan el abuso a los consumidores, y estimulen políticas que fomenten el surgimiento de la micro y pequeña empresa, lo que puede contribuir de manera sustancial a mejorar el bienestar particularmente de los sectores de menores ingresos.

Es mediante este cambio de cultura y de políticas que podemos transformar una visión tergiversada del llamado capitalismo salvaje, hacia un capitalismo social en donde mediante una economía de mercado, todos los sectores tendrán mayores oportunidades en un contexto de equidad y justicia social. Como lo plantearían algunos teóricos modernos, se necesita usar soluciones competitivas para la solución de problemas sociales y dar al traste con la falsa idea de que el mercado y las empresas son contrarios a lo social.